

Por la renovación de nuestro compromiso cívico: pasión, propósito y pancartas

Aída M. Betancourt Simán

Los primeros días de junio del 2010, después de días de preparación y amenazas veladas, amanecemos con la noticia de un decreto para atar de manos la actuación de la Sala de lo Constitucional. La tensión entre los tres órganos del Estado no fue súbita: surgió como reacción a muchas sentencias de una Sala valiente y que se atrevió a romper con el statu quo, que desde muy temprano demostró no prestarse a jugar a mantener los privilegios del poder, defender la arbitrariedad y dar chance a la corrupción. Así, el decreto 743 fue un intento de la Asamblea Legislativa, avalado por Casa Presidencial, de bloquear una Sala de lo Constitucional activa e incómoda para muchos.

Esta Sala, casi sin quererlo, tuvo además el efecto de hacer despertar, por primera vez en mucho tiempo, a la sociedad civil. La reacción al decreto 743 fue casi unánime: gritos de crítica e indignación se levantaron en contra de este golpe de Estado técnico al órgano judicial, que estaba devolviendo a los ciudadanos la capacidad de creer en instituciones sólidas, respetuosas de la legalidad y promotoras de la ética y transparencia.

Las redes sociales zumbaban con expresiones de indignación y, casi de forma automática, a imagen del movimiento español que iniciaba apenas entonces, surgió la etiqueta #IndignadosSv, alrededor de la cual se empezaron a organizar acciones en San Salvador. La primera se armó en la red en un par de horas, cuando muchos jóvenes expresamos nuestro descontento y convocamos a manifestaciones pacíficas. Esto se expandió y fortaleció rápidamente, reforzado gracias a las menciones en redes y notas en sus páginas de algunos medios de comunicación y generadores de opinión. Así, por primera vez desde que yo tenía memoria, se unieron líderes y organizaciones de distintas ideologías alrededor de la institucionalidad: el megáfono de la unidad en la diversidad fue lo que permitió que la voz fuera tan fuerte. Hubo entonces una manifestación frente a Casa Presidencial y otro acto de "funeral" a la Constitución en el monumento dedicado a nuestra Carta Magna, con todo y velas y flores.

Después de unas semanas de tensión, el decreto 743 fue bloqueado tras la condena del presidente y el desistimiento de algunos diputados. Sin embargo, esto no marcó el fin del peligro para la Sala de lo Constitucional, que siguió siendo blanco de amenazas y víctima de complots de los otros órganos del Estado.

En efecto, casi exactamente un año después, ante rechazos de la Asamblea Legislativa de cumplir las sentencias (de obligatorio cumplimiento), las mismas y otras voces de la sociedad civil volvieron a hacerse oír con el movimiento #YoMeVistoDeBlanco, con el mismo objetivo: defender el Estado de derecho y exigir el respeto a la Constitución. En un primer lugar, después de hacernos visibles y relevantes, organizamos un día de blanco para que todos los ciudadanos, desde sus trabajos o universidades, pudieran manifestarse a favor del respeto a la ley: conseguimos donativos de camisetas y listones blancos, así como de cientos de mini Constituciones de bolsillo (desde entonces, imprescindible llevarla consigo) que repartimos por calles, centros comerciales y paradas de bus, explicando a los ciudadanos la importancia de conocer nuestros derechos y deberes, así como el funcionamiento de las instituciones y las funciones de cada órgano del Estado.

Unas semanas después, mientras se llevaban a cabo en Casa Presidencial las negociaciones entre el Ejecutivo y los representantes de los partidos políticos para encontrar una solución a la crisis institucional, surgida a raíz del desacato de los diputados a los fallos de la Sala de lo Constitucional, seguimos insistiendo. Nuestro objetivo estaba amparado por el art. 183, que dispone que la *“Corte Suprema de Justicia por medio de la Sala de la Constitucional es el único tribunal competente para declarar la inconstitucionalidad de las leyes, decretos y reglamentos, en su forma y contenido, de un modo general y obligatorio”*. Está claro: sus fallos son todos obligatorios, y los diputados no pueden decidir cuáles fallos cumplir y cuáles no y, a fortiori, cuáles fallos son inconstitucionales y cuáles no. Llegamos con carteles y una Constitución gigante, a leer el art. 6 sobre libertad de expresión y libre difusión de nuestros pensamientos, así como el art. 73 sobre los deberes políticos de los ciudadanos, que incluyen *“cumplir y velar por que se cumpla la Constitución de la República”*.

Al final se llegó a una solución negociada (que no debió ser) y se cumplieron las resoluciones de la Sala. Sin embargo, nos dimos cuenta de que aunque no pudieron derribar a la Sala esta vez, habrá más intentos: año 2015, la sociedad civil no puede rendirse y la ciudadanía debe seguir reclamando el respeto al Estado de derecho y la institucionalidad.

En estos casos, fue evidente que todos los ciudadanos pueden unirse alrededor de una causa común (que no sea la Selecta o las pupusas): la defensa y la exigencia de respeto a la Constitución, ante un mismo hecho: los ataques a la Sala de lo Constitucional en su labor de hacerla cumplir. Los salvadoreños se unieron entonces para defender su supremacía en el ordenamiento jurídico, su importancia clave en nuestro sistema político y la necesidad de que ésta prime sobre cualquier interés, en este caso el de los partidos políticos y otros funcionarios implicados.

Estos incidentes, empezando por el decreto 743, marcaron un hito en la historia de la sociedad civil salvadoreña, y en la vida de muchos de los que hoy estamos tratando de contribuir a fortalecer el ejercicio de una ciudadanía involucrada, activada y vocal.

El país que viene: Una generación comprometida

Y en particular, marcó un antes y un después en mi vida. Pero siendo justos, mi vocación de servicio y empoderamiento hiperactivo se habían manifestado un poquito antes. Crecí escuchando hablar de política, ya que mis padres trabajaban en el Gobierno y en ONG, y supieron transmitirme su pasión por servir a los salvadoreños, por ser dedicados en su trabajo y por ser honrados en sus gestiones de administración pública. No solo me compartieron sus experiencias, sino además pude acompañarlos a jornadas de vacunación en comunidades o de fumigación contra el dengue, me alentaron a trabajar durante las vacaciones en iniciativas sociales para personas con discapacidad, y me impulsaron a participar en actividades de ayuda humanitaria durante desastres naturales, entre otros.

También, desde chiquita se manifestó mi interés en servir y ser vocera de distintas causas. De hecho, participé en mi primer sufragio de elección popular en calidad de candidata de mi clase de sexto grado en el colegio. Desde entonces, y digna de cualquiera de nuestros nuevos caudillos latinoamericanos, me reelegí en el poder hasta graduarme, participando como mediadora entre los directores y mis compañeros en el día a día y organizando todo tipo de eventos y actividades escolares.

A lo largo de toda mi vida, he podido comprobar de primera mano que los modelos a seguir son fundamentales. Yo tuve el privilegio de tener padres, abuelos, tíos, maestros, que fueron pilares en mi crecimiento y quienes me ayudaron a siempre luchar por mis ideales. No solo tuve el privilegio de tener mentores a nivel personal y profesional, sino además he compartido generación con muchísimos de estos líderes, con varios de los cuales he compartido causas y a quienes he conocido participando activamente en temas civiles y políticos y que han sido y siguen siendo referentes para mí.

Pero pienso que, como salvadoreños, nos faltan modelos a seguir. Y como generación, nuestra tarea es entonces convertirnos en modelos para los que nos siguen, en modelos de liderazgo ético y comprometido en el sector académico, público y privado, para juntos construir un mejor país.

Aparte de las vivencias que he tenido en movimientos activistas en los últimos años, he podido servir como voluntaria en distintas iniciativas que promueven la educación y el empoderamiento de adolescentes en el área rural o que combaten la desnutrición infantil en nuestro país, problema que es uno con la falta de educación.

He podido trabajar al lado de jóvenes emprendedores que le han apostado todo a una idea de crear un blog de jóvenes para jóvenes sobre la realidad del país y no han descansado hasta convertirlo en un modelo de negocios exitoso y un referente digital en el país.

He podido compartir sueños con líderes inspiradores y apasionados en sus diversas causas, desde arte y moda hasta tecnología y finanzas pasando por educación y medioambiente, que juntos decidieron construir sueños nuevos y trabajar por ellos a pesar de tener agendas proporcionalmente llenas a su talento.

He podido aprender de la riqueza del diálogo con apasionados del debate que, semana tras semana, conversan con respeto e intercambian opiniones acerca de temas relevantes para el país.

Estas experiencias me han marcado, de manera profunda, como persona comprometida con mi país, me han motivado a seguir activa y empoderada, y es tal vez (quizá definitivamente) gracias a estas personas que no pierdo la esperanza en nuestra generación ni en el país, y que voy a seguir trabajando de forma incansable por construir un mejor país, aunque a veces cueste.

∞

Porque cuesta a menudo. Pero siempre he sido optimista ante todo y siempre he pensado en que el país, a pesar de sus problemas (que son muchos y son terribles y son como epidemias que crecen y se multiplican), está lleno de personas talentosas y entregadas que creen en él y que están dedicadas a tratar de construirlo cada día mejor. Tengo tanto espíritu optimista, de hecho, que decidí regresarme a El Salvador después de unos años de estudiar en Europa, en plena coyuntura preelectoral, con toda la intención de vivir ese contexto por primera vez, y además tratar de aportar algo al país.

Conocí a muchos más líderes inspiradores que han hecho mucho, pero también me encontré, a nivel cívico-político, con muros, mucho cinismo, algo de desinterés y tantísima polarización. Y estos problemas permiten que otros vicios se sigan perpetuando: abuso de poder, corrupción y arbitrariedad. Mientras seamos una sociedad dormida que no exige rendición de cuentas a la clase política y los tomadores de decisión, vamos a seguir permitiendo que aquellos que desprestigian y ofenden la función pública se enriquezcan a costa de los salvadoreños más vulnerables.

Como sociedad, uno de nuestros mayores enemigos es la polarización. Y aunque sea menos cierto en temas de ideología, lo es en la devoción casi religiosa a los partidos políticos que dominan el espectro. Este comportamiento de seguidores incondicionales hace a muchos ciudadanos caer en la trampa de pensar que solo debe criticar a sus contrincantes políticos y que sus líderes son infalibles, que ningún comportamiento es reprochable si viene de parte de sus candidatos propios. Todos los fanatismos son peligrosos, y en este caso como en todos, no hacen más que fortalecer las máquinas partidarias sin ningún mecanismo de rendición de cuentas ni transparencia, perpetuando todos los vicios del pasado de toda la élite política.

Por otro lado, ha sido también evidente el grado de desinterés de una parte significativa de los jóvenes salvadoreños. En mi opinión, más que apatía pura, pienso que se trata de resignación al ver que la situación del país no mejora a pesar de la alternancia, de los relevos dentro de los partidos, de los resultados de las elecciones. Muchos de ellos votan, al menos; otros ni siquiera eso, piensan: “¿para qué?”.

Así, el reto de las organizaciones juveniles en materia de derechos y deberes de los ciudadanos y funcionamiento del sistema político, sigue siendo, como muchas lo han entendido, seguir formando a jóvenes y generando conciencia sobre la responsabilidad individual de cada uno de incidir en el sistema político.

∞

El país que viene: Una generación comprometida

No es fácil. No es un buen momento para ser joven en El Salvador. La tercera parte de la población son adolescentes y jóvenes de entre 10 y 24 años, y muchos jóvenes ni estudian ni trabajan; demasiados tienen que asumir roles que no les corresponden desde la infancia, incluyendo abandonar la escuela para contribuir económicamente a sus hogares o educar a hermanos menores, coartando sus oportunidades para el futuro.

La violencia está desangrando a nuestro país: solo en 2015, llevamos más de **4,687** homicidios, siendo Agosto el "más violento" de la historia reciente del país con 644 homicidios. Esta espiral descontrolada de inseguridad es uno de los factores, junto a las dificultades económicas y la falta de oportunidades laborales, de la emigración masiva que nos está haciendo perder a muchísimos salvadoreños, la mayoría de los cuales son jóvenes en edad productiva: alrededor de 145,000 salvadoreños emigran de manera indocumentada cada año (PDDH, 2012).

Según el estudio "El Mundo que Queremos: Visión de País de los Jóvenes Salvadoreños para la Agenda Post-2015" de Naciones Unidas El Salvador e INJUVE (2014), que recoge las opiniones de más de 1,700 jóvenes sobre las perspectivas de país, los retos son muchos y complejos. De todos los temas identificados como aquellos que obstaculizan el acceso a un pleno desarrollo humano, se identifican como prioridades: salud, empleo digno, educación y seguridad pública. En estos temas, hemos visto una ineficiente administración de fondos públicos así como una falta de estrategia y de políticas integrales para atender las deficiencias de estas carteras.

Además de estos temas, vemos en la esfera política un panorama igualmente sombrío: corrupción y nepotismo generalizados, amenazas del órgano Ejecutivo y el Legislativo a la Sala de lo Constitucional, persecución política a ex funcionarios, entre otros.

Nuestra generación tiene mucha presión. Siendo la que gusta de reivindicar, que nació después de la guerra, que no perpetúa esa división entre salvadoreños, que no creció oyendo discursos de guerra fría, tendríamos que comportarnos a la altura: está en nuestras manos cambiar los paradigmas de nuestra sociedad y fortalecer las bases de un mejor país. Bajo este enfoque y siguiendo el cliché que dicta que "los jóvenes son el futuro del país", una verdad demográfica innegable, es fácil caer en la trampa del "relevo generacional", que se queda corto y que nos hace pensar que somos acreedores de espacios naturales en funciones de liderazgo por el simple hecho de tener una determinada edad, que garantiza que vamos a hacer las cosas de una u otra manera.

De hecho, en muchas ocasiones, hemos dado muestras de lo contrario: fanatismo, irracionalidad de ataques e insultos y descalificación ad hominem nos han caracterizado en muchos escenarios, incluyendo mediante *trolls* anónimos en redes sociales. Hemos visto un sinnúmero de casos, no solo en época electoral, aunque ahí es cuando los ánimos caldean más, de jóvenes reproduciendo comportamientos que dividen y polarizan. Nada de relevo, todo de repetición. En este sentido, nos queda mucho por construir y es fundamental que, en el proceso, no se destruya lo poco que ya habíamos avanzado. Necesitamos seguir siendo parte activa en la construcción de una ciudadanía más informada, más respetuosa, más intolerante ante las ofensas y más abierta al diálogo.

Y de estos casos hay muchos: existen decenas de jóvenes que están incidiendo de forma positiva construyendo puentes, consolidando alianzas y abriendo espacios de

intercambio para fortalecer el sentido de ciudadanía de los salvadoreños. Hay miles de voluntarios que hacen trabajo comunitario, organizaciones que promueven la formación en valores y deportes, artistas que están poniendo su talento al servicio de la comunidad para reconstruir tejido social y prevenir violencia, maestros que dedican su tiempo libre a dar más educación a niños en comunidades vulnerables, entre tantos otros.

Y no es de extrañar: nuestra generación, aparte de voluntad, tiene también muchas herramientas. En la mayoría de casos, empezando por las distintas organizaciones juveniles que promueven la participación política y cívica, las redes sociales han sido clave. Aunque hemos integrado el uso de las redes sociales en nuestro cotidiano desde hace varios años, no fue sino hasta la “Primavera árabe” cuando muchos empezaron a interrogarse sobre su potencial más allá de ser simplemente un medio de comunicación entre usuarios. Sin sobredimensionar ni pretender que el uso de *hashtags* y *likes* en Twitter y Facebook derrocó dictaduras, es evidente que los movimientos revolucionarios en países como Túnez o Egipto, se sirvieron de las redes sociales para lograr que los ciudadanos salieran a las calles mediante información y organización.

Esto es cierto en nuestro país también. Somos testigos (y protagonistas) del despertar de la sociedad civil salvadoreña, lo cual fue definitivamente facilitado por el uso ya generalizado de redes sociales y plataformas de comunicación instantánea que permitieron no solamente informarse sobre la actualidad en tiempo real, sino también organizarse y movilizar recursos de forma rápida y eficiente; tal fue el caso de #IndignadosSV, en reacción al decreto 743, y #YoMeVistoDeBlanco durante otros ataques a la Sala. Así, estas herramientas han venido a acelerar movimientos en la sociedad pero que solo han sido reales y tangibles porque los usuarios los llevaron a la realidad *offline*, apoyándose en estas plataformas para dar a conocer y volver viral la convocatoria. Ahora bien, debemos estar conscientes de que las redes tienen un alcance muy limitado en nuestro país, que tiene una penetración de internet del 28%, por lo que hay que innovar para garantizar que todos los jóvenes del país tengan las mismas oportunidades de ser protagonistas de estos movimientos.

Unos casos ejemplares son los de nuestros países vecinos Guatemala y Honduras. En Guatemala, una protesta iniciada en Facebook por unos jóvenes universitarios ante los hallazgos de corrupción de la Comisión Internacional Contra la Impunidad en Guatemala (CICIG), se convirtió en un movimiento nacional que ha unido durante más de dos meses, en varias manifestaciones con frecuencia semanal, a cientos de miles de voces indignadas que exigen un cese a los abusos de poder y que lograron presionar hasta lograr la renuncia de su vicepresidenta. En Honduras, la “Marcha de las Antorchas” ha convocado a miles de ciudadanos que exigen investigaciones contra sonados casos de corrupción y la renuncia de varios de los titulares involucrados, ante las penurias de los servicios públicos. En Ecuador, las protestas ciudadanas llevan más de tres semanas exigiendo un cese a las prácticas autoritarias de su presidente. El éxito o fracaso de estos movimientos depende pues de los ánimos de los ciudadanos y de su disposición de salir a la calle a protestar o de sentarse en la mesa a proponer (ambas no son excluyentes), pasando de la comodidad de un “*like*” o un “*retweet*” en redes.

Fuera de las redes, tenemos además herramientas legales, que han costado mucho y que debemos aprovechar mejor, que nos permiten obtener información de las

instituciones públicas para poder ejercer con mayor precisión nuestro rol de ciudadanos vigilantes. La Ley de Acceso a la Información Pública (LAIP), que puede considerarse una de las mayores victorias de la sociedad civil organizada en El Salvador, fue sancionada finalmente en 2013 después de años de trabajo. Pero este hito no ha sido sin obstáculos: después de su aprobación, hubo una demora de meses para la aceptación de su reglamento, otro considerable retraso en la asignación de un presupuesto a la entidad administradora, el Instituto de Acceso a la Información Pública, y otro en la designación de los comisionados que controlarían su buen cumplimiento.

Sin embargo, después de todo, la LAIP ha garantizado al fin el respeto del derecho a la información de los ciudadanos, a pesar de un intento de algunos diputados de reducir su impacto mediante el aumento de casos de reserva y otras reformas, que gracias a la presión de la sociedad civil y otros entes, fueron vetadas. A pesar de que existe todavía mucha información reservada, las solicitudes de acceso a la información permiten ahora a cualquier ciudadano hacer indagaciones sobre el uso de recursos públicos, el nombramiento de ciertos funcionarios, la implementación de proyectos de cada institución pública, lo cual representa un poder y una herramienta para que los jóvenes podamos exigir cuentas claras a las instituciones del Estado, y presionar cuando no las haya o cuando haya indicios de mal uso de recursos públicos.

∞

Nuestra generación no solo tiene las herramientas, sino una posición privilegiada para asumir estas responsabilidades, que recae sobre tres elementos dependientes de cada uno, que eliminan cualquier posibilidad de excusa para ser agentes de cambio en el país.

Debemos estar conscientes de la importancia de la formación. A pesar de las serias deficiencias de nuestro sistema de educación pública, no solo nuestros gobernantes (que mucha les falta...) sino nosotros, debemos ser conscientes de que el factor de cambio es la educación; por lo mismo, debemos invertir en ella recursos y tiempo. Para colmar los vacíos del sistema de educación pública, existen iniciativas del sector privado que hacen énfasis en la formación en valores o en un segundo idioma, con el fin de contribuir a la formación de ciudadanos integrales. Aunque se dice que somos la generación mejor formada del país, debemos también diseñar incentivos para que los jóvenes mejor preparados decidan quedarse y no alimentar las cifras de fuga de talentos.

Tenemos acceso a información. Las plataformas sociales no solo han sido un mecanismo fundamental para que distintas organizaciones de sociedad civil se unan y difundan su mensaje, inviten a la movilización y socialicen sus propuestas, sino nos facilitan el acceso a medios de comunicación y a otras fuentes de información que vuelven imposible ya no estar informados. De hecho, el exceso de información se ha vuelto un problema que exige de nosotros una lectura crítica, que requiere que sea necesario preguntar y cuestionar lo que vemos y leemos. La información es, pues, fundamental no solo para conocer lo que pasa en el país, sino para ser ciudadanos activos que, con esta información, fiscalizamos a los actores relevantes de la sociedad, particularmente a nuestros representantes.

No hay espacio para excusas: todo depende de nuestra motivación y nuestra conciencia de que cada uno de nosotros podemos marcar la diferencia, de nuestro compromiso con el país. Es cierto que es fácil desanimarse: la coyuntura nos da todas las razones para no querer involucrarnos en temas de política o activismo bajo el argumento de que no se logra nada, de que nada cambia. Entre nuestros diputados alérgicos a la legalidad, funcionarios ignorantes (por convicción o conveniencia) de la administración pública, políticos completamente desconectados de la realidad de muchos salvadoreños y, en su mayoría, una clase política absolutamente ajena a la vocación de servicio. Estamos viendo además casos de persecución política que desincentivan a jóvenes formados, capaces y honestos a involucrarse en el sector público, alimentando el riesgo de perpetuar una clase política con poca, nula, o inadecuada preparación, principalmente basada en juegos de poder, nepotismo y compadrazgos.

Lo más importante es que los ciudadanos reconozcamos que nuestra responsabilidad cívica no llega solamente con las elecciones y que la democracia no puede limitarse simplemente al ejercicio periódico del derecho al voto. Es cierto que los eventos electorales son de gran trascendencia para nuestro sistema político y pueden ser fuente de renovación: vimos en las elecciones municipales y legislativas de marzo de 2015, por ejemplo, cómo los ciudadanos usaron el voto por rostro para darle oportunidad a nuevos rostros que representan un relevo, en reemplazo de diputados con varias legislaturas acumuladas.

Pero el compromiso cívico es una tarea cotidiana, la construcción de ciudadanía requiere de disciplina, y necesita que todos tengamos conciencia de nuestros deberes y derechos reconocidos en la Constitución. Es un reto mantener nuestro compromiso y un desafío renovarlo todos los días. Esto se vuelve más fácil cuando vemos a nuestro alrededor a héroes cotidianos que hacen su trabajo con dignidad y honradez, desde funcionarios hasta policías, desde docentes hasta jóvenes voluntarios, que están marcando la diferencia en la vida de cientos de personas que viven con pasión y propósito y se entregan a lo que hacen.

∞

Hace unos años, tuve la oportunidad de participar en una reunión con más de 300 jóvenes líderes de alrededor del mundo, que están impactando de forma positiva sus comunidades, a través de emprendimientos tecnológicos, de salud, de construcción de ciudadanía, de búsqueda de ciudades más seguras, de diseño con innovación social, de medios de comunicación, de voluntariado, entre mil otras. Fue una ocasión de inspirarme cada segundo, con cada plática y en cada encuentro, y en uno de estos momentos, un exitoso emprendedor latinoamericano me preguntó: “¿y vos, cuál es tu propósito en la vida?”.

A pesar de que yo pensaba y sentía que siempre había actuado con coherencia, impulsada por instintos de servicios y motivada por ciertos ideales cívicos, no supe qué decir. No podía responder a esta pregunta que requiere de mucha introspección y que, *in fine*, define lo que nos guía por la vida y nos motiva a superar los obstáculos. “*El propósito de la vida es contribuir de alguna manera a hacer las cosas mejor*” dijo Robert

F. Kennedy, y si todos los ciudadanos estuviéramos conscientes de nuestro poder de incidir en la construcción de un mejor país, no dudo de que nuestra generación transformaría radicalmente el país.

Si queremos seguir gozando de los derechos que nos concede nuestra Carta Magna, tenemos que defenderla. En nuestro país, la sociedad civil ha sido mayormente reactiva: hace oír su voz sobre todo durante crisis institucionales o momentos en que se perciben amenazas al Estado de derecho. Sin embargo, hay muchos casos de trabajo prolongado e incansable de organizaciones y grupos de sociedad civil, como lo fue el caso de la Ley de Acceso a la Información. En ambos escenarios, tanto en el trabajo de largo aliento como en los intensos momentos de crisis institucional, hay principios clave que contribuyen al éxito de cualquier movimiento o reivindicación.

Se necesita constancia, es decir una determinación y disciplina continua que permitan lograr impacto real y tangible. Se necesita consistencia para no ceder ante las presiones o intimidaciones que existen siempre que hay una intención de desafiar el statu quo. Y sobre todo, se necesita coherencia en un país donde nuestra clase política es, cuanto menos, incoherente, demostrando que, para muchos, las promesas no valen nada, los compromisos son efímeros, la voluntad tiene precio y los principios están sujetos a compraventa.

∞

Falta mucho por construir, hay muchas señales de que ha habido retrocesos en muchos ámbitos y la élite política se ha encargado de sembrar semillas de polarización en la ciudadanía: los jóvenes no se han librado de este fenómeno. Y mientras una gran parte de la población siga siendo un seguidor fiel e incondicional de uno u otro partido, sin cuestionar las decisiones de sus líderes, y descalificando a los demás por tener opiniones distintas a las suyas, seguiremos estancados como país, encerrados en un círculo vicioso de mediocridad.

Debemos apoyar las iniciativas que van a seguir fortaleciendo a la ciudadanía en sus funciones de contraloría y participación, así como la iniciativa de Gobierno Abierto, y no caer en apatía y desinterés: esto solo beneficia a los corruptos y les da vía libre para seguir enriqueciéndose a costa del Estado o abusando de su poder en beneficio personal.

Por otro lado, debemos fortalecer los mecanismos de sanción y control para los funcionarios públicos, para erradicar uno de los mayores vicios de nuestro sistema político mediante una Ley de Probidad. La corrupción afecta siempre a los ciudadanos más vulnerables: menos medicamentos en los hospitales públicos, menos infraestructura y formación de docentes en las escuelas públicas, y menos igualdad de oportunidades y más compadrazgo en los puestos públicos.

∞

Este año se conmemora el centenario del Decreto Legislativo del Nombre Oficial de la Nación, "República de El Salvador". Tomemos este hito como un inicio simbólico, como

El país que viene: Una generación comprometida

un nuevo punto de partida para construir un El Salvador que haga sentir orgullosos a sus ciudadanos y que no duela todos los días, que nos haga sentir bienvenidos y seguros y que no nos den ganas de salir huyendo de todo, que sea una tierra de igualdad de oportunidades, con funcionarios capaces y honrados, empresarios responsables y ciudadanos comprometidos.

Es nuestra obligación aspirar a más. No nos conformemos con la mediocridad y la participación mínima; no nos desanimemos porque no vemos todavía un Estado de derecho sólido; no nos demos por vencidos con el país, trabajemos por la igualdad de oportunidades para tener funcionarios capaces y honrados con visión de nación. A esto tenemos que aspirar y esto podemos construir. Está en nuestras manos: nuestra generación tiene el poder y el potencial de transformar El Salvador.